



Rosario

LA PARTIDA.

(ROSARIO).

AUN contemplo del mar al movimiento,
Al rayo de la luna que refleja,
Luenga de tus cabellos la madeja
Y tu falda flotando por el viento;

Débil escucho tu doliente acento,
Como el canto del ave que se aleja;
Y aunque distante ya, mi triste queja
Escucharás tal vez este momento.

Las fosfóricas ondas dó se enconde
Surca velóz tu nave voladora,
Y á mi acento tu acento no responde:

Ya te perdió mi vista indagadora,
Rosario hermosa; sin tu amor, ¿á dónde
Puede ecsistir el alma que te adora?

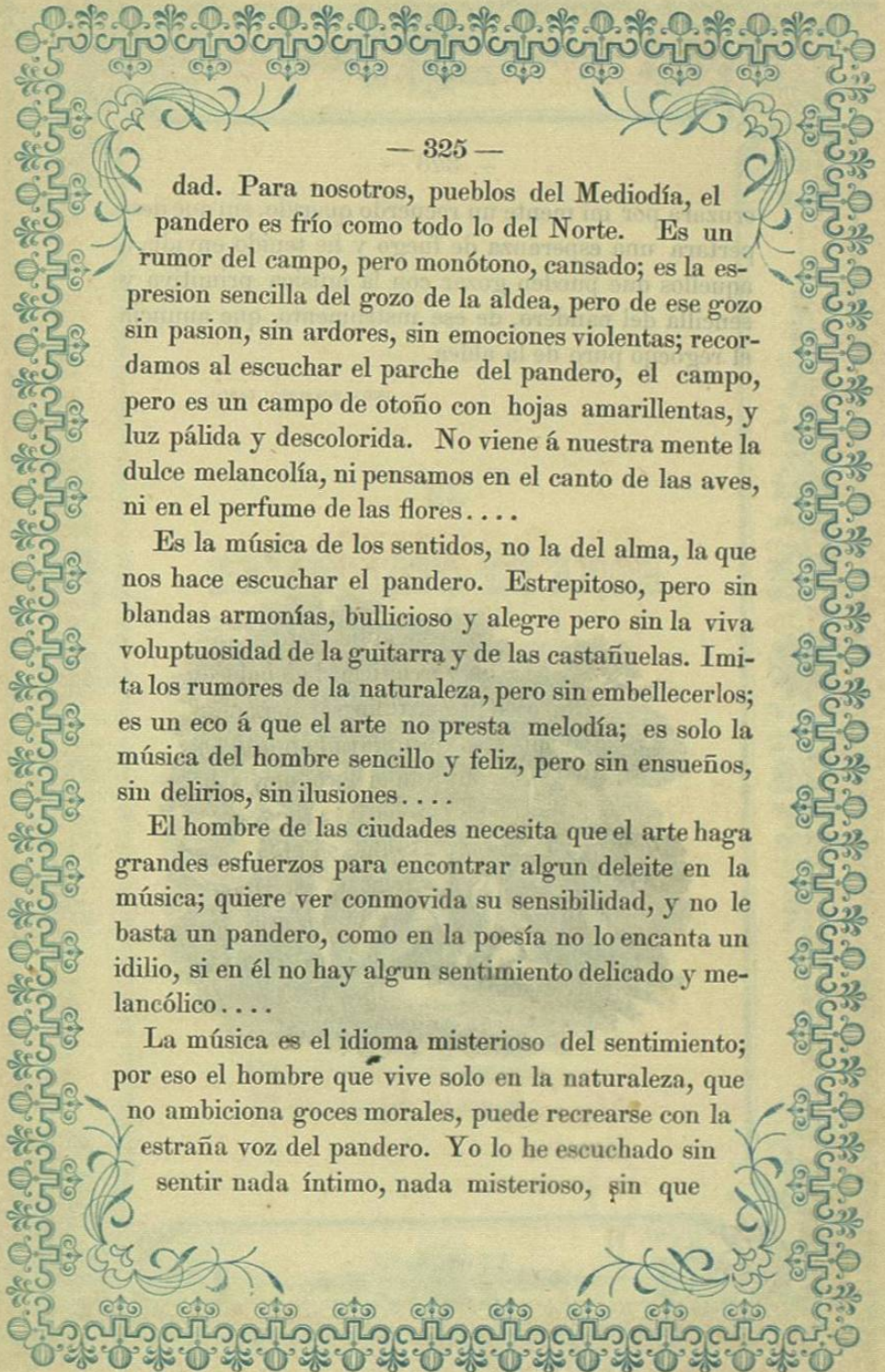
FÉLIX MARÍA ESCALANTE.



EL PANDERO.



El pandero es todo lo que nos queda de la música primitiva, de esa música inspirada por el risueño encanto de la naturaleza; el pandero es el rumor del follaje agitado por el viento de la tarde, es el murmurio del arroyo que se despeña por entre elevadas rocas; pero campestre como es la voz del pandero, no tiene poder para producir en el pecho impresiones vehementes, ni para escitar las fibras todas de la sensibili-



dad. Para nosotros, pueblos del Mediodía, el pandero es frío como todo lo del Norte. Es un rumor del campo, pero monótono, cansado; es la expresión sencilla del gozo de la aldea, pero de ese gozo sin pasión, sin ardores, sin emociones violentas; recordamos al escuchar el parche del pandero, el campo, pero es un campo de otoño con hojas amarillentas, y luz pálida y descolorida. No viene á nuestra mente la dulce melancolía, ni pensamos en el canto de las aves, ni en el perfume de las flores

Es la música de los sentidos, no la del alma, la que nos hace escuchar el pandero. Estrepitoso, pero sin blandas armonías, bullicioso y alegre pero sin la viva voluptuosidad de la guitarra y de las castañuelas. Imita los rumores de la naturaleza, pero sin embellecerlos; es un eco á que el arte no presta melodía; es solo la música del hombre sencillo y feliz, pero sin ensueños, sin delirios, sin ilusiones

El hombre de las ciudades necesita que el arte haga grandes esfuerzos para encontrar algun deleite en la música; quiere ver conmovida su sensibilidad, y no le basta un pandero, como en la poesía no lo encanta un idilio, si en él no hay algun sentimiento delicado y melancólico

La música es el idioma misterioso del sentimiento; por eso el hombre que vive solo en la naturaleza, que no ambiciona goces morales, puede recrearse con la estraña voz del pandero. Yo lo he escuchado sin sentir nada íntimo, nada misterioso, sin que

cruzara por mi mente un recuerdo querido, sin que despertara una esperanza de fuego y he tenido envidia á aquellos que pueden gozar con la música primitiva y sencilla del pandero, de ese instrumento que anuncia el regocijo puro de la aldea.

1850.—FRANCISCO ZARCO.



EL
DESENCANTO DE AMOR.

Si veis que algun jóven cruza
Por la florida existencia,
Con síntomas de demencia
En su juvenil razon,
Aliviadle compasivos
De su terrible tortura,
Pues destruyó su ventura
El desencanto de amor.

Cuando libeis de los lábios
De vuestra beldad querida
Ese néctar que convida
Con tan dulce sensacion,
No lo agoteis al instante,
No bebais hasta las heces,
Que las forma, muchas veces,
El desencanto de amor.

Despues de amar á una hermosa
Con el puro amor del alma
Que en recompensa una palma
Alcanza luego de Dios,
Y hallar en ella tan solo
El fuego de la materia,
¡Ay! sufrireis la miseria
Del desencanto de amor.

Entónces tórnase el mundo
En espantoso desierto,
Entónces sentiréis yerto
El ardiente corazon;
Que es pasar la vida entera
Privado de la alegría,
Porque es horrible agonía
El desencanto de amor.

Tambien vereis de las bellas
Sin pudor las tersas frentes,
Los ojos indiferentes
Y sin fuego el corazon:
Pasarán á vuestra vista
Cual visiones de tristeza,
Pues destruye su belleza
El desencanto de amor.

Esas voces que escuchamos
De amistad y de ternura,
Gérmenes de la ventura
En el tiempo que voló,
Serán ahora sarcasmos
Para el corazon sensible,
Pues les forma eco terrible
El desencanto de amor.

En la aurora de la vida
Es cruel sentirse anciano,
Y buscar con ansia en vano
Una cándida ilusion:
Es mucho mejor, entónces,
Bajar á la oscura fosa,
Dó nos defiende una losa
Del desencanto de amor.

Ver á los demas felices
Adorando á las mugeres,
Disfrutando de placeres
Que tambien uno gozó,
Y sentir fastidio, en tanto,
¡Cuán triste es, corazon mío!
Porque robó tu albedrío
El desencanto de amor.

¡Y no tener en los ojos
Ni una lágrima siquiera
Que al alma consuelo diera
En su profunda afliccion!
¡Y no poder nuestro pecho
Ni un suspiro dar al viento!
Pues nos deja sin aliento
El desencanto de amor.

Muger de cándida frente
Que ostentas rubio cabello,
Muger del gallardo cuello,
Obra maestra de Dios;
Por él mandada á este mundo
Como un ángel de ternura,
¡Ven á ahuyentar mi amargura,
Mi desencanto de amor.

Tú sola puedes curarme,
Con el bálsamo divino
Del candor que en tí imagino,
Y jamas mi mente halló:
¡Ten piedad de este infelice!
Prodígale tus caricias,
Que tornarán en delicias
Su desencanto de amor.

1850.—MARCOS ARROYO.





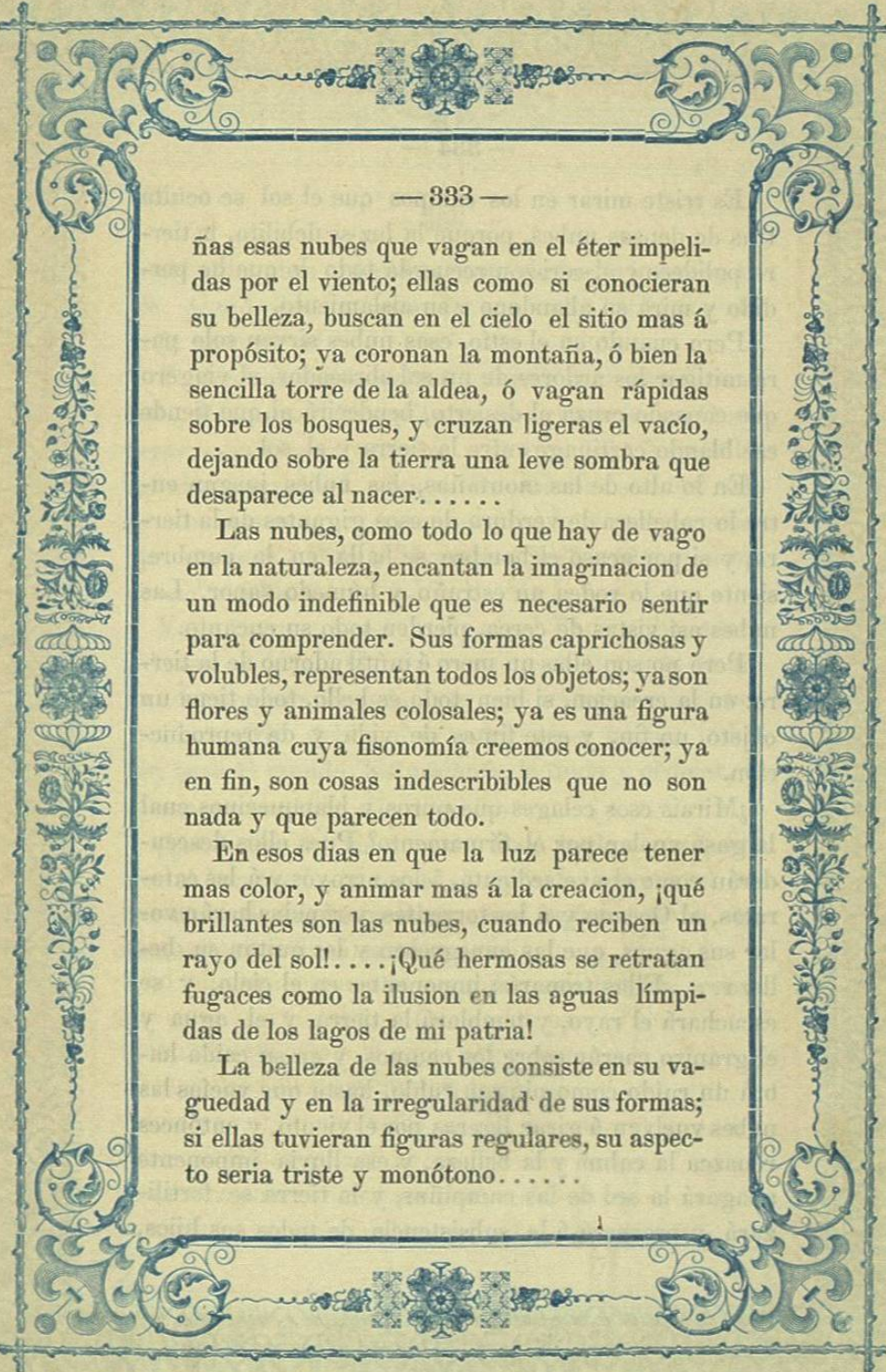
— 332 —

Las nubes que vagan en el éter impelidas por el viento; ellas como si conocieran su belleza, buscan en el cielo el sitio mas á propósito; ya coronan la montaña, ó bien la sencilla torre de la aldea, ó vagan rápidas sobre los bosques, y cruzan ligeras el vacío, dejando sobre la tierra una leve sombra que desaparece al nacer.

LAS NUBES.



N el paisaje del campo, ó de la ciudad, cuando el cielo está diáfano y sereno, las nubes son el complemento de belleza del cuadro, son la última pincelada que perfecciona el efecto óptico de toda la naturaleza; ese bello cortinaje flotante y trasparente, de un color que no tiene nombre, y que ningun pincel puede imitar, es fantástico como nuestros sueños, é inconstante como la imaginacion. ¡Mirad! En medio del azul del cielo parecen peque-



ñas esas nubes que vagan en el éter impelidas por el viento; ellas como si conocieran su belleza, buscan en el cielo el sitio mas á propósito; ya coronan la montaña, ó bien la sencilla torre de la aldea, ó vagan rápidas sobre los bosques, y cruzan ligeras el vacío, dejando sobre la tierra una leve sombra que desaparece al nacer.

Las nubes, como todo lo que hay de vago en la naturaleza, encantan la imaginacion de un modo indefinible que es necesario sentir para comprender. Sus formas caprichosas y volubles, representan todos los objetos; ya son flores y animales colosales; ya es una figura humana cuya fisonomía creemos conocer; ya en fin, son cosas indescribibles que no son nada y que parecen todo.

En esos dias en que la luz parece tener mas color, y animar mas á la creacion, ¡qué brillantes son las nubes, cuando reciben un rayo del sol! . . . ¡Qué hermosas se retratan fugaces como la ilusion en las aguas límpidas de los lagos de mi patria!

La belleza de las nubes consiste en su vaguedad y en la irregularidad de sus formas; si ellas tuvieran figuras regulares, su aspecto seria triste y monótono.

Es triste mirar en los campos que el sol se oculta tras de densas nubes, porque la luz se debilita, la tierra palidece y el corazón recuerda todo lo que ha perdido y mira su abandono y su aislamiento.

Pero cuando en el estío, esas nubes sirven solo para mitigar los ardores de un sol abrasador, el viajero que cansado cruza el desierto, bendecirá al que tiende ese blando cortinaje entre la tierra y el sol. . . .

En lo alto de las montañas, las nubes juegan entre la cabellera de verdura de esos gigantes de la tierra, y si por acaso el hombre se halla en la cumbre, siente que lo rodea un extraño y húmedo vapor. Las nubes así vistas de cerca, pierden todo su encanto.

Pero no son ellas un mero é inútil adorno de la tierra: en la creación, si bien todo es bello, todo tiene un objeto, un fin, y este fin es de vida y de reproducción.

¿Mirais esos celages que puros y blanquecinos cual la gasa vuelan por el firmamento? Pues ellos descenderán como el ave sedienta, á los arroyos y á las cataratas, al Oceano y á los torrentes, y rápidas harán volar sus aguas, que las ennegrecen y les quitan su belleza. . . . Ellas tronarán imponentes en el cielo, y se escuchará el rayo, y temblará la tierra, y el agua y el granizo caerán sobre los campos, y en su caída habrá un ruido como ningún ruido, hasta que vacías las nubes vuelvan á girar ligeras por el viento, y entonces renazca la calma y la belleza, y esa lluvia imponente apagará la sed de las campiñas, y la tierra se fertilizará, y proveerá á la subsistencia de todos sus hijos,

desde el hombre orgulloso, hasta el insecto imperceptible. ¡Qué bellos, qué grandes son todos los fenómenos de la naturaleza!

Y esas nubes que negras y terribles tronaron en el cielo, á la hora del crepúsculo se agruparán en Occidente y teñidas de púrpura y de oro, irán á embellecer el ocaso del sol, y luego ellas mismas serán el velo de albo lino en que púdica se cubre la vírgen de la noche, esa luna pálida y tranquila que inunda el alma de melancolía.

Vago es vuestro existir ¡ó nubes! Parece que os lanzais con rapidéz á alguna parte, pero el viento os arrastra, y pasais azotadas por sus ráfagas violentas. Así el espíritu del hombre parece tener un fijo anhelar; pero el mundo, las pasiones, la duda y el dolor, lo arrastran también y lo dominan.

¡Qué bellas son las nubes! Bajo cualquier aspecto que el hombre las observe, siempre le revelan el poder inmenso que las sostiene en el espacio, como sostiene al sol y á las estrellas.